Sebastián Faure

# LOS CRÍMENES DE DIOS

Traducción de J. PRAT

QUINTA EDICIÓN

BIBLIOTECA DE "TIERRA Y LIBERTAD"

Calle Cadena, núm. 39, 2.º BARCELONA

PRECIO 15 CÉNTIMOS

BARCELONA

IMPRENTA «GERMINAL», RONDA SAN PABLO, 36

1919

# Los crímenes de Dios

*Han manifestado muchas personas el deseo de adquirir el texto de las conferencias antirreligiosas que acabo de dar en diversas ciudades de Francia, y este deseo me ha sugerido la idea de publicar este folleto.*

*En él puede leerse el análisis más fielmente posible de dichas conferencias.*

*Inútil decir que me limito a resumir. Este pequeño folleto no bastaríame si quisiera dar a mi pensamiento todo el desarrollo que la tribuna permite.*

*Lo que sigue es, pues, como el esqueleto sobre el cual cada uno pondrá un poco de carne, es el lienzo sobre el cual cada uno dibujará a su antojo, es como el tema sobre el cual cada imaginación ejecutará las variaciones que le sean propias.*

*Me consideraré, sin embargo, dichoso si mis lectores encuentran en este arsenal armas suficientes que les permitan atacar vigorosamente y vencer al irreconciliable enemigo de todo progreso, de toda emancipacion: ¡el espíritu religioso!*

*SEBASTIÁN FAURE*

# Los crímenes de Dios

## PRIMERA CONFERENCIA

### La evolución religiosa

Recientes trabajos científicos han puesto a la vista de modo maravilloso la teoría del transformismo, esta teoría que comprueba el hecho de que en la naturaleza nada permanece inmóvil e inmutable, que todo evoluciona, se modifica, se transforma.

A algunos espíritus estudiosos les ha parecido interesante buscar si esta ley de evolución halla su aplicación en el mundo de las ideas y desde ahora parece ya establecido que la idea, como la materia, atraviesa una incesante sucesión de estados y perpetuamente se metamorfosea.

Si se admite que la idea no es sino un reflejo interno del ambiente, una adaptación al temperamento de cada una de las sensaciones recibidas, de las impresiones sentidas, decir que en la naturaleza todo se transforma, es decir al propio tiempo y de antemano, que la idea—del mismo modo que todas las cosas y de la misma manera—está sometida a las leyes del transformismo.

Pero como en muchos espíritus haya alguna duda respecto a los orígenes materiales de las ideas, he pensado que sería útil comprobar la exactitud de esta tesis que asimila la idea al ser organizado, aplicando a una idea determinada una observación rigurosa, y he escogido la idea religiosa, tanto por el papel considerable que ha desempeñado en el pasado, como por el lugar que aún ocupa en nuestras preocupaciones, como también por el despertar clerical al cual asistimos en nuestros días.

Todo ser organizado nace, se desarrolla y muere. Se trata de saber si se encuentran en la idea religiosa estas tres fases: nacimiento, desarrollo y muerte.

Estos tres períodos formarán la división de mi tema; por consiguiente, mi conferencia se dividirá en tres partes: 1.ª nacimiento; 2.ª desarrollo; 3.ª desaparición de la idea religiosa. Añadiré, además, algunas rápidas consideraciones de orden general y de actualidad.

## Nacimiento de la idea religiosa

Se han escrito montones de libros sobre el origen de los cultos y si se reunieran todos los que tienen por objeto la investigación de las condiciones y las circunstancias que arrojaron sobre el planeta la idea de la existencia de una o varias divinidades, se podría formar fácilmente una de las mayores bibliotecas conocidas.

A la pregunta: ¿«Dónde, cuándo y cómo se ha presentado la idea de Dios en el espíritu humano?», las opiniones son múltiples y contradictorias.

A falta de documentos precisos, no hay, no puede haber sino hipótesis que la contesten.

He aquí la que me parece más verdadera, y si me apresuro a declarar que no se trata aquí sino de una hipótesis y de una serie de conjeturas, me será permitido, no obstante, añadir, que la probabilidad de estas conjeturas y de esta hipótesis sorprenderá, espero, vuestra imaginación.

La necesidad de saber, es decir, de comprender, de explicar los fenómenos en el seno de los cuales se mueve el individuo; la necesidad de saber, no por el solo placer de la ciencia sino con objeto de utilizar las fuerzas que le rodean y de neutralizar las que amenazan su vida, esta necesidad de saber, repito, se encuentra en todos nosotros. Existe en grados diferentes; pero en mayor o menor escala se encuentra en todos los individuos.

El desarrollo incesante de los conocimientos humanos es una prueba suficiente de que esta necesidad no es exclusiva de nuestras civilizaciones contemporáneas. Los

vestigios ya antiguos de los primeros esfuerzos realizados por nuestros antepasados para *conocer*, prueban que esta necesidad se remonta a las edades más remotas. Está, pues, permitido inferir de estas comprobaciones, que la necesidad de saber es inherente al individuo llegado a un cierto grado de desarrollo.

Esta necesidad engendró la idea de Dios; he aquí la hipótesis. He aquí ahora las conjeturas que explican con todos los visos de verosimilitud la génesis de esta idea.

A su origen, los fenómenos, pequeños o grandes, presentaban a los ojos de nuestros antepasados aspectos misteriosos. No habiendo aún la naturaleza impenetrada revelado ninguno de sus secretos, el hombre estuvo durante muchos siglos como un esquife azotado por la tempestad e impotente para guiarse. No obstante, vino una época en que la necesidad de investigar y darse cuenta se hizo sentir imperiosamente. ¿Podría el ser humano, estar eternamente desarmado ante las fuerzas naturales, los elementos, los azotes unidos contra él, enemigos de toda clase coaligados contra su existencia?

Se ingenió para encontrar explicaciones necesarias. No permitiéndole su completa ignorancia dar a los fenómenos observados una explicación positiva y verificable, vióse fatalmente conducido a hacer intervenir una pléyade de actores sobrehumanos a los cuales atribuyó pródigamente todos los poderíos.

Rodeado de ruidos, de colores, de formas, de imágenes variables al infinito, su imaginación se convirtió gradualmente en receptáculo de mil y mil ideas caóticas, enmarañadas, contradictorias, de las que su ser fué la fácil presa. En el viento que mugía, en la tempestad que ensordecía, en el rayo que estallaba, en el sol que iluminaba su camino, en la noche que lo envolvía en sus tinieblas, en la lluvia que caía, nuestro antepasado vió tan pronto Seres amigos o enemigos, como la manifestación de benevolencia o malevolencia de otros Seres que habitan en regiones superiores.

Dios fué, pues, por de pronto, la personificación de los elementos y de los fenómenos naturales, y también la

materialización de las causas que encerraban estos fenómenos o desencadenaban estos elementos.

La sucesión de los días y de las noches, el curso de las estaciones, inspiraron a los hombres la idea de tiempo. Ayer, hoy, mañana, les aparecieron como los tres términos del tiempo: el pasado, el presente y el porvenir. Y como mientras morían totalmente los individuos, mientras se sucedían las generaciones, el viento continuaba mugiendo, atronándole los oídos la tempestad, estallando el rayo, luciendo el sol y la lluvia cayendo, concibió seres viviendo un tiempo considerable o acaso siempre, y por consiguiente, dotados de inmortalidad.

En sus carreras vagamundas a través de las estepas inconmensurables, se forjaron una idea del espacio sin límites y sintieron la impresión de lo ilimitado en el espacio como en el tiempo.

La idea de Dios, bajo este doble aspecto, se convirtió en el prolongamiento hasta lo absoluto de las contingencias observadas, de las relatividades conocidas.

En el sol que hacía madurar los frutos, activaba la vegetación y llenaba de claridad su gruta o su choza, el antepasado vió al amigo, al bienhechor, al Bien. En el frío que detiene el crecimiento de las plantas y entumecía sus miembros, en la noche que poblaba de fantasmas su caverna o de carniceros ávidos de su carne, en una palabra, en todo lo que amenazaba o suprimía su existencia, encarnó el enemigo, el Mal.

Y de este modo inventó el Espíritu del Bien y del Mal, las divinidades amigas y las enemigas, los Dioses de la luz y los de las tinieblas.

Una vez más repito que nada hay que pruebe irrefutablemente que las cosas hayan pasado de este modo; pero nos está permitido admitirlo, porque, si ningún documento decisivo viene en apoyo de esta serie de hipótesis, tampoco hay ninguno que demuestre la inexactitud o confirme otra serie de suposiciones.

En caso de necesidad, en favor de mi hipótesis, podría invocar las dos consideraciones siguientes:

Seguramente, no ignoraréis que existen en ciertos

territorios del planeta seres que, por su tipo, su conformación, sus costumbres, la situación geográfica de las regiones que habitan, su lenguaje, sus tendencias, hacen revivir ante nuestros ojos las épocas hace tiempo desaparecidas. El relato de los viajeros que han visitado estas comarcas denominadas salvajes y que han vivido más o menos tiempo en el seno de estas civilizaciones primitivas, está conforme en todas sus partes con esta opinión que acabo de emitir respecto la aparición de la idea de Dios y las primeras formas que ha revestido.

Segunda consideración: no ignoraréis tampoco que el niño reproduce, con una sorprendente rapidez, es verdad, pero con bastante exactitud, todos los eslabones de la cadena ancestral. ¡Pues bien! ved al niño: es ignorante y sin embargo atormentado por la curiosidad; es crédulo, enamorado de todo lo bello e inclinado, sea a forjar seres sobrehumanos desde el momento que principia a trabajar su imaginación, o sea a ver en los elementos que le rodean estos mismos seres.

No es, pues, irrazonable pensar que en el curso de sus primeros siglos, en la época de su infancia, la humanidad haya procedido del mismo modo.

Se engañan, pues, o mejor dicho, os engañan imprudentemente los impostores de todas las religiones que pretenden que Dios creó el hombre a su imagen. En la actualidad vemos claramente que, todo al contrario, es la ignorancia humana la que dió nacimiento a los Dioses y los creó a imagen del individuo.

Sí; el hombre creó a Dios a su imágen, dotando a los Dioses de todos los atributos cuya idea le había venido por medio de la comprobación de sus propias fuerzas y de sus propias debilidades, de sus cualidades y de sus defectos, acordando a unos la bondad, a otros atribuyendo la maldad, aureolando estos de luz y condenando aquellos a moverse en la oscuridad, colocándolos a todos en condiciones dadas de tiempo y de lugar, pero considerando siempre todas estas Divinidades a través del cristal de aumento de su imaginación ignorante y, por consiguiente, trasladando más allá de lo obser-

vado, de lo vivido, los atributos de toda naturaleza gratuitamente concedidos a estos hijos de su cerebro.

## Desarrollo de la idea religiosa

Se concibe fácilmente que la idea de Dios—al principio puramente especulativa—no debía, no podía tardar en hacerse extensiva al dominio social.

Admitir la existencia de una Divinidad, es reconocer la necesidad de los lazos que unen la criatura al Creador y la religión (*religare*, atar de nuevo) no es otra cosa que un conjunto de creencias y de prácticas que atan el hombre a Dios, estipulando los derechos de éste y los deberes de aquel.

Desde el origen, la idea de religión encuentra la idea de superioridad encarnándose en los biceps de los más robustos.

Las tribus primitivas estaban en estado perpetuo de guerra. Pero los guerreros comprendieron muy pronto que su fuerza muscular no duraría siempre, que no siempre tendrían veinticinco o treinta años, que otros más jóvenes vendrían y les reemplazarían. Y para conservar su supremacía, la autoridad del puñetazo, se apresuraron a aceptar el concurso de la autoridad moral, esta fuerza nueva.

La coalición era fatal y se produjo. Es bajo la forma del Dios de los ejércitos que se manifestó. Y se vió a un puñado de combatientes sostenidos por el fanatismo hacer morder el polvo a un ejército entero, loco de terror porque los oráculos consultados se habían pronunciado en contra suya.

A su vez el piloto invocó al Dios de las tempestades, el campesino al Dios de las cosechas, y pronto hubo una multitud de dioses y de semidioses combatiéndose en sus manifestaciones.

Pero la necesidad de saber roía el espíritu humano. Habían nacido pensadores que creyeron, y con razón, que el todopoderío no podía dividirse, que no podía existir conflicto, rivalidad entre los todopoderosos. Y el monoteísmo surgió de la nube de observaciones.

El cristianismo hizo su aparición. A sus comienzos, fué una corriente popular, una lucha de los débiles contra los fuertes, y si queremos establecer un paralelo entre la época en que Jesucristo, nacido en un establo, de padres pobres, pobre él también, escogió doce apóstoles entre los más pobres y predicó con ellos a favor de los desheredados, y la época que actualmente atravesamos, en que hombres de palabra ardiente, piden un mejor bienestar, más justicia y mayor igualdad, nos será posible demostrar la analogía sorprendente.

Durante más de dos siglos, el cristianismo persiguió la realización de su obra popular, empujando los oprimidos hacia la rebeldía, haciendo la guerra a los ricos. Y así vemos al patriciado romano dar por pasto a las fieras sus circos a millares y millares de cristianos.

Pero a este movimiento se mezclaron hombres que le imprimieron una nueva orientación. Sacando partido del misticismo de la época, comprendiendo que los tiempos de realismo no habían aún venido, despojaron insensiblemente a Jesucristo de su humanidad, lo divinizaron, lo convirtieron en un fundador de religión nueva, y crédulos, ignorantes, fanáticos, los discípulos del hombre de Bethlem, se alejaron poco a poco de las reivindicaciones inmediatas y de las preocupaciones terrestres; reemplazaron con la resignación y el amor de la cruz el espíritu de rebelión que hasta entonces les había animado; y aspiraron únicamente a un mundo de beatitudes eternas, poniendo en práctica esta palabra de la Escritura atribuída a Jesús: Mi reino no es de este mundo.

Y cuando Constantino se apercibió de que el cristianismo, matador de cóleras y fomentador de sumisiones, era de naturaleza buena para consolidar su poder, le tendió la mano y la paz se hizo.

A partir de este momento, la idea cristiana tomó una extensión extraordinaria, un desarrollo vertiginoso. Se deslizó en los oídos de los Grandes de la tierra, dió consejos a los Monarcas. Ante ella las frentes más altivas se inclinaron.

Desde el momento que la vida no era sino un corto

pasaje en este valle de lágrimas, ¿qué era la tierra? Una sola cosa importaba: la salud del alma. El progreso quedaba parado a medias, encadenado el pensamiento. Dudar era un crimen; no había penalidad suficientemente grande para castigarlo.

Se vió a la idea religiosa asociándose a todos los abusos, a todas las explotaciones. Los papas dominan a los reyes; los obispos mandan a los señores. Ante la voz inflamada de Pedro el Ermitaño, de San Bernardo y de los monjes que hablan en nombre de Cristo, pónense en movimiento millones de combatientes, atraviesan la Europa y marchan hacia Oriente, a la conquista del sepulcro de Jesús y de las tierras que pisaron los pies del Mesías.

Generaciones de fieles cubren todo el Occidente con magníficas catedrales, con basílicas gigantescas. La música, la poesía, la escultura, el teatro, la pintura, la elocuencia, la literatura, todas las manifestaciones artísticas, penetradas de catolicismo, trazan de nuevo las grandes líneas de la Leyenda bíblica. Los espíritus están bajo su influjo, las voluntades bajo su yugo. La humanidad tiembla; adora...

¡Dios triunfa! Es el apogeo.

## Desaparición de la idea religiosa

Pero la *necesidad de saber* continúa su obra.

A través de los siglos, las ciencias han progresado. El espíritu humano, salido del largo y doloroso período de tanteos, principia a orientarse resueltamente hacia la luz. Naturalezas audaces empuñaron con firmeza la antorcha de la razón. Las vanas explicaciones de antaño no bastan ya a la ardiente curiosidad de sus investigaciones y sacuden impacientes el fardo pesadísimo de las supersticiones.

La física, la química, la historia natural, y la astronomía explican en parte estos fenómenos que llenaban de espanto y temores a nuestros antepasados. Las viejas tradiciones se conmueven. La lucha fué cada día más

viva entre los que querían saber y los que se cristalizaban en la fé! El Dogma y la Razón expusieron un Dios, sin filosofía y una filosofía sin Dios.

Las antiguas concepciones del universo se van derrumbando. Las investigaciones de los sabios, secundados por aparatos potentes paseados a través del espacio, ponen el mundo terrestre en comunicación con las leyes de la mecánica celeste.

Las tendencias materialistas se abren camino, se afirman se desarrollan, batiendo en brecha el infantil y grosero espiritualismo de las pasadas edades.

La hipótesis Dios se aleja cada día más. Un Dios que retrocede cesa de ser Dios.

Una corriente irresistible empuja hacia el ateísmo a nuestras generaciones desengañadas.

Cuanto más sabe un hombre, menos dispuesto está a creer, y nos preguntamos porqué nuestras generaciones titubean en desembarazarse de una fe que se va.

La idea religiosa sólo se mantiene por la fuerza de la velocidad adquirida. Hay igualmente impresiones de la infancia de las que no podemos desembarazarnos bruscamente. En fin, las ideas y las creencias son como viejas amigas con las cuales se ha vivido treinta, cuarenta años, a las que mil recuerdos nos unen, y que no pueden abandonarse brutalmente.

No tiene, pues, nada de particular ni de extraordinario que pongamos tanto tiempo en dejarnos conducir hacia la vida materialista.

Pero, es innegable, los dioses se van, y nosotros encontramos esta confesión hasta en la misma pluma de nuestros adversarios.

### ÚLTIMOS BASTARDOS DEL CLERICALISMO

Esta decrepitud de la idea religiosa ha producido dos bastardos. En el dominio político, es la reconciliación de la República con la Iglesia, necesariamente monárquica.

En el dominio económico, es el socialismo cristiano.

Sintiendo que el terreno se le hunde bajo sus pies, la Iglesia ha hecho acto de adhesión oficial a la República

por medio del mismo papa, y en la elección de Brest encontramos un curioso ejemplo de este género.

En esta región, esencialmente monárquica, dos candidatos se hallaban de frente: el conde de Blois, partidario del trono y del altar, y el abate Gayraud, partidario solamente del altar. El clero, con todas sus fuerzas, sostuvo a este último.

Esto, ¿acaso no es una concesión hecha por la iglesia, la cual, sintiendo que se avecina su muerte, ha cubierto su cara con un antifaz republicano?

Esta conversión no puede ser sincera, porque la Iglesia admite un Dios ante la voluntad del cual todo debe inclinarse y que el Poder debe emanar de lo alto, mientras que la República cree que la voluntad de todos debe manifestarse y que el Poder debe emanar de abajo.

No contento con hacerse republicano, el papa a arborado en su tiara una escarapela socialista. He aquí lo que nosotros no podemos tolerarle.

Si a vosotros, clericales, os gusta entrar dentro de la República y los republicanos os admiten, tanto peor para ellos. Pero que tengáis la pretensión de resolver la cuestión social, esto no os lo permitiremos.

¿Qué habéis hecho durante estos largos siglos de vuestra dominación exclusiva? Os habéis aliado con los patronos, con los nobles, con los reyes. Os habéis convertido en los cómplices de todas las iniquidades, de todas las explotaciones. ¿Y precisamente hoy, que nada sois, que nada podéis hacer, se os ocurre la idea de interesaros por la suerte de los vencidos en la lucha social?

No haréis nada, porque nada podéis resolver.

Diré más; ni siquiera tenéis derecho de intentar algo en este sentido.

Todo lo que existe, existe por la voluntad de Dios. Es porque Dios lo ha querido que hay pobres y ricos, explotados y explotadores, unos que mueren de hambre y otros que revientan de indigestión, y sería cometer un sacrilegio si quisiérais cambiarlo, sería criminal por vuestra parte querer corregir la obra del Creador, cuyos designios son impenetrables.

Nosotros tenemos el derecho de quejarnos; vosotros el deber de resignaros, confundiros y someteros.

TERRENO DE INTELIGENCIACIÓN. CONCLUSIÓN

Hay, sin embargo, un medio para entendernos. Vosotros mismos habéis dicho: «Los bienes terrenales son perecederos y despreciables, mientras que los bienes celestiales serán un placer y una felicidad que no tendrán fin.» Ahora bien; nosotros no os disputaremos los segundos, pero cedednos los primeros. Mucho más cuando nos será fácil poder hacer de la tierra un paraíso; el odio cederá el lugar a la bondad y el valle de lágrimas será un Edén. El momento de poder actuar todo esto ha llegado.

Yo digo a los republicanos y a los socialistas: ¡Poneos en guardia! Estos hombres, a los cuales habéis arrebatado la fe, quieren obtener legítimas satisfacciones. Ya no les bastan las vagas promesas. Es necesario darles soluciones inmediatas. Y cuanto más tiempo esperéis, mucho más se impondrán las soluciones violentas.

## SEGUNDA CONFERENCIA

### Del absurdo criminal de las religiones

¿Qué somos nosotros? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? El mundo que nos rodea ¿de dónde procede? El riguroso encadenamiento de los hechos cuyo espectáculo incesante y regular nos ofrece la naturaleza, ¿es el resultado del azar o de un plan magnífico salido de una inteligencia infinita, servida por una voluntad todopoderosa?

Estas preguntas, de importancia capital, hace siglos que la humanidad se las ha formulado.

Según la respuesta que se dé a ellas, la vida es una cantidad despreciable o tiene extremada importancia.

Estos problemas no se han resuelto aun y acaso una semiobscuridad los envuelva durante mucho tiempo.

No obstante, si la ciencia no ha logrado aun disipar todas las obscuridades, ha logrado, por lo menos, eliminar del número de las conjeturas que puede admitir la

razón la hipótesis «Dios» que infantaron las lejanísimas épocas de la ignorancia.

El actual estado de la ciencia no permite por más tiempo a los espíritus limitados o a las almas crédulas refugiarse en la fe, para encontrar en ella las probabilidades necesarias a la solución de estos problemas dudosos.

Supongamos que en una de estas noches soberbias en que el brillo de las estrellas atrae nuestras miradas, dos personas se pasean y cambian las impresiones que les sugiera este grandioso espectáculo.

Supongamos que nuestros dos personajes sean un niño y un cura, y que el niño pertenezca a la edad en que la curiosidad hace brotar de los labios mil y mil preguntas. Interroga al cura sobre el *cómo* y el *porqué* de estos esplendores infinitos que ruedan por el espacio, y el cura le responde:

«Querido amiguito: todos estos mundos que provocan justamente tu admiración son la obra del Ser Supremo. Su infinita sabiduría es quien regula su marcha, su todopoderosa voluntad, la que mantiene el orden y asegura la armonía en el Universo. Nosotros mismos somos también la obra de este Creador, el cual se ha dignado dejarnos conocer, por intermediación de los seres que él ha escogido, los caminos por los cuales quiere que marchemos. Conformarse a estos caminos es el bien, es la virtud; alejarse es el mal, es el pecado. La virtud nos prepara una eterna felicidad, el pecado un castigo sin fin. Creador, Revelador, Providencia, tal es este Dios al cual todo se lo debemos.»

Pero he aquí que interviene un tercer paseante. Este es un materialista, un ateo, un librepensador, y toma parte en la conversación, explicando al niño que el orden que reina en la naturaleza es el resultado de las fuerzas que rigen el conjunto de seres y de las cosas. Afirma que Dios es sólo una invención salida de la imaginación ignorante de nuestros antepasados; que no hay Providencia, etc.

La discusión que se arma entonces entre el creyente

y el ateo es el resumen de las ardientes controversias que levanta desde hace siglos la cuestión religiosa.

Esta discusión es lo que me propongo condensar en mi conferencia, poniendo ante los ojos del espectador todas las piezas del litigio.

En el curso de esta discusión procuraré establecer:

1.° Que la hipótesis «Dios» no es necesaria;
2.° Que es inútil;
3.° Que es absurda;
4.° Que es criminal.

Los dos primeros puntos se referirán especialmente al Dios Creador, el tercero al Dios-Revelador y el cuarto al Dios-Providencia.

## La hipótesis «Dios» no es necesaria

Las pruebas en favor de la existencia de *leyes* regulando las relaciones de todas las cosas y asegurando simultáneamente la autonomía de cada ser y la dependencia mutua o la solidaridad (armonía) en el conjunto, estas pruebas son actualmente tan abundantes y tan decisivas que los más creyentes han renunciado a comprobarlas.

Pero, con esta flexibilidad de dialéctica que le caracteriza y que ha dado nacimiento a una casuística especial, el Espíritu religioso se refugia detrás del razonamiento siguiente:

«Hay leyes naturales a las cuales obedecen los mundos diseminados en el espacio. Sea. Pero quien dice «ley» dice «Legislador». Además, el legislador debe estar revestido de un poder superior y anterior a las fuerzas que su ley somete. Existe, pues, un Legislador supremo.»

Hay que confesar que buen número de personas han creído ver en esta argumentación una consideración decisiva en favor de la hipótesis «Dios», proclamado así *necesario*. El error de estas personas se explica fácilmente. Procede de esta analogía, que sofistas hábiles tratan de crear entre las leyes naturales que rigen la materia y las leyes humanas.

El razonamiento de estos casuistas es el siguiente:

«Las leyes que rigen las sociedades humanas han necesitado la intervención del legislador. Este y aquéllas se completan. En consecuencia, la existencia de las leyes que gobiernan los astros y los planetas implican rigurosamente la existencia de un Legislador superior y anterior a estas leyes, y este Legislador es lo que nosotros llamamos Dios.»

Esta analogía es radicalmente errónea.

No hay similitud alguna entre las leyes naturales y las leyes humanas.

*Primera diferenciación.* — Las leyes naturales son exteriores (anteriores y posteriores) a la humanidad. Se sabe y se concibe que mucho antes de la aparición de las primeras formas humanas sobre nuestro globo, las leyes de la mecánica celeste se aplicaban a nuestro planeta y a todos los cuerpos que gravitan en el espacio. Se sabe y se concibe igualmente que, si por una causa cualquiera sucede que las condiciones de existencia necesarias a la especie humana desaparecen de la tierra que pisamos, los astros y los planetas continuarán su secular evolución sin qué la más ligera modificación se produzca.

Mientras que las leyes humanas son — la palabra lo indica — inherentes a la humanidad. Son legislaciones, es decir, un conjunto de prescripciones y de defensas formuladas por seres humanos, aplicables solamente a los humanos.

*Segunda diferenciación.* — Las leyes naturales tienen un carácter de constancia, de inmovilidad. Es la característica de todas las leyes que conciernen a la física, la química, la historia natural, las matemáticas.

Todo al contrario de las precedentes, las leyes humanas — precisamente porque son hechas por los hombres que pasan y aplicables a seres que pasan también — son esencialmente transitorias, fugitivas y hasta contradictorias.

*Tercera diferenciación.* — Las leyes naturales no soportan ninguna infracción. La infracción sería el *milagro*

y está probado que el *milagro* no existe, no puede existir.

Por el contrario, los códigos humanos están a cada momento violados. Las fuerzas sociales: policía, gendarmería, magistratura, etc., atestiguan que son numerosas las infracciones que sufre la Legislación humana.

*Cuarta diferenciación.* — Las leyes naturales registran los hechos sin determinarlos. El piloto, por ejemplo, consulta la brújula, no para obedecer a sus mandatos, sino porque ella obra según su naturaleza, porque la aguja imantada dirigiéndose insensiblemente hacia el Norte, permite al navegante orientarse. Mientras que las leyes humanas reglamentan los hechos sin, en la mayoría de los casos, registrarlos o tenerlos en cuenta. Y por esto sucede que, sin tener en cuenta los deseos que nos mueven, las impulsiones que nos animan en virtud de la irresistible ley de la atracción de dos seres entre sí, el legislador humano reglamenta las relaciones sexuales, las clasifica en permitidas y prohibidas, las categoriza en legítimas e ilegítimas.

Se podrían aún añadir a esta lista otras contradicciones o diferencias que existen entre las leyes naturales y las humanas. Bastan para nuestro objeto las precedentes, que nos permiten concluir diciendo que la analogía, con la ayuda de la cual se intenta sembrar la confusión en los espíritus, es absolutamente inexacta, y que las consecuencias que se pretenden sacar son de todo punto inadmisibles.

Así, pues, considerada desde este punto de vista, la hipótesis de un Dios, legislador supremo, no es necesaria.

«Pero entonces, replican los Deístas, ¿cómo explicar el Universo? Decidnos quién ha hecho la materia y luego ¿de dónde proceden estas fuerzas que la ponen en movimiento y mantienen los cuerpos en equilibrio en el tiempo y en el espacio?»

### ¿QUIÉN HA CREADO LA MATERIA?

He aquí, por de pronto, mi respuesta a la primera pregunta: *¿quién ha creado la materia?*

Con la imaginación, trazad una línea indefinida a través del espacio. Intentad medir la extensión. Agotad el lenguaje de las matemáticas. Adicionad centenas de millones a millones de millones. Multiplicad este formidable total por una suma mil millones de veces más fabulosa, Y decidme si podéis fijar la extensión de aquella línea imaginaria a través del espacio. ¿Podéis decirme: «He aquí el punto A de donde parte; he aquí el punto B donde concluye?» No, no lo podéis. El espacio no tiene límites, y en todos los rincones de este inconmesurable espacio se encuentra la materia a un estado cualquiera: gaseoso, líquido o sólido.

La materia está, por consiguiente, en *todas partes*.

Esta «ilimitación» en el espacio implica «la ilimitación en el tiempo. Todos los «sin límites» son solidarios. Y de hecho, trazad en el curso de los siglos que forman el pasado una línea imaginaria. Prolongadla en la sucesión de las edades que constituyen el porvenir. Aquí también, añadid a unas cifras fantásticas otras más fantásticas aún ¿Podéis, remontando el curso de las edades, hallar el punto de partida, el *principiun* el origen? ¿Podéis, descendiendo los siglos, llegar a su terminación definitiva? No.

La materia, pues, no solamente está en todas partes, sino que existe siempre.

Estas cualidades de «indifinido» las encontramos asimismo en todas las demás propiedades de la materia, el volúmen, por ejemplo.

Suponed un volumen, una cantidad colosal de materia. ¿Os será razonablemente permitido pretender deteneros aquí, no añadir nada? Invertid, ahora, la operación: dividid una parte en cien, en mil, en un millón de partes. ¿Habréis alcanzado el límite extremo de esta división. ¿No podréis fraccionar más?

Así, pues, tampoco hay límite en la divisibilidad de la materia.

En consecuencia, a esta primera pregunta, *¿quién ha hecho la materia?*, yo respondo que esta pregunta sólo tendría razón de ser si fuera posible asignar a la materia

un origen, un principio, un límite. Ahora bien; se ha probado que esta asignación es imposible, y, por consiguiente, no hay necesidad de recurrir a una conjetura a la cual se le atribuiría un papel que no es necesario.

Desde este punto de vista aún, la hipótesis «Dios» no es necesaria.

## La hipótesis «Dios» es inútil

Las precedentes comprobaciones han adquirido actualmente una fuerza tan grande y se han generalizado tanto, que los Deistas no osan ya atacarlas de frente. De todos modos, sería desconocer quiénes son ellos si les creyéramos que se dan por desarmados.

«Bien, sea — dicen —; el espacio y el tiempo son ilimitados. Os concedemos asimismo que el movimiento esté en todas partes. Pero este mismo movimiento ¿de dónde viene? ¿Qué poder lo incorporó a la materia? Este poder, que no solamente pone en movimiento los cuerpos, sino que ordena armónicamente estos movimientos, he ahí lo que nosotros llamamos «Dios», Los cuerpos no han tomado impulso por sí solos, algo los ha lanzado, comunicado la fuerza. Este *primer empuje inicial* poniendo en movimiento todos los mundos, ¿acaso no implica la idea de un Ser cualquiera que lo haya dado?»

Es siempre la secular querella entre espiritualistas y materialistas la que, bajo un aspecto ligeramente rejuvenecido, se reproduce.

### ¿DE DÓNDE VIENE EL MOVIMIENTO?

Creyendo los Deistas que, por su naturaleza, la *vil materia* es inerte, se apresuran a replicar, que si se la observa en movimiento — cosa que es innegable —, es porque una energía, exterior a la materia de origen, ha penetrado, se instaló y le impulsó la fuerza de que carecía.

Ahora bien; ¿se encuentra en la naturaleza un solo fenómeno que pueda dar algún valor a esta opinión?

Absolutamente ninguno; y todas las observaciones

que se hacen tienden a afirmar que el movimiento es una de las propiedades inherentes a la materia y materia el mismo. En vano explórase el espacio, se sondean las profundidades del Océano, se remueven las entrañas de la tierra, no solamente se encuentra siempre la materia, sino que va ésta siempre acompañada del movimiento.

Este carácter de universalidad de la fuerza en el espacio basta para permitirnos la immanencia de esta fuerza en el tiempo.

Esta immanencia la establecen millares y millares de comprobaciones. La teoría de la evolución consagra el transformismo incesante de la materia. Esta teoría se basa en las metamórfosis ininterrumpidas que sufren los seres y las cosas. Sirve para explicar el perpétuo cambio *(devenir)*. Esta modificación que no se para nunca, esta sucesión de estados tan lenta como cierta, ¿acaso no es la irrefragable prueba de la continuidad del movimiento, la comprobación sin réplica de la presencia del movimiento en las edades más lejanas, como la certidumbre de la misma presencia en las venideras más lejanas?

¿Quién desconoce el principio al cual, en mecánica, se ha dado el nombre de «persistencia de la fuerza»? Todo el mundo no ignora que la fuerza, el movimiento, jamás desaparecen, nunca disminuyen; que sólo hay simplemente *mutación*, es decir, cambiamento en la naturaleza y los efectos del movimiento, pero que, si aquí hay calor, allí luz y más allá electricidad, el movimiento todo entero se transmite a despecho de los diversos aspectos bajo los cuales se revela, pero, y una vez más lo repito, jamás sufre la más mínima disminución.

Es la aplicación al movimiento de esta verdad en química: *nada se crea, nada se pierde.*

Consecuentemente, se puede afirmar que el movimiento es una propiedad de la materia; que no se puede concebir ésta sin aquél y que es imposible asignar un principio a la materia, y no menos imposible asignar al movimiento un origen, puesto que no se puede observar la materia sin movimiento y el movimiento sin materia;

que, en fin, considerada como habiendo imprimido a la materia, por el impulso inicial, el movimiento original, la hipótesis «Dios» no es de utilidad alguna.

### EL ORDEN EN EL UNIVERSO

Respecto lo que nuestro entendimiento llama «el orden y la armonía en el Universo», observemos que nosotros damos el calificativo de ordenado a lo que está acorde con las observaciones que nos ha sido posible efectuar. La sucesión regular de los días, de las noches, de las estaciones, la repetición prevista de los mismos fenómenos, la comprobación de los mismos efectos sucediendo siempre a las mismas causas, en una palabra, la observación siempre idéntica a ella misma del encadenamiento riguroso y metódico de los mismos hechos; he aquí lo que llamamos el *orden*.

Todo cambio, toda infracción a esta clase de reglas salidas de la multiplicidad y de la constancia de nuestras comprobaciones personales y de las observaciones generales, constituye el *desorden*.

En una palabra, siendo *orden* y *desorden* dos términos cuyo significado es exclusivamente *subjetivo*, se considera *orden* todo lo que está conforme a las nociones que nos hemos hecho o que se nos han inculcado; y se considera *desorden* todo lo contrario.

En consecuencia, la armonía que nosotros observamos en el *cosmos* procede de nuestro espíritu. Y estas admirables cualidades de orden que nos dejan maravillados, en contemplación ante la regularidad del funcionamiento universal, es nuestra inteligencia que generosamente las dotó a la Naturaleza.

El orden, el desorden, son cosas que intrínsecamente no existen. En los mundos solares que llenan el espacio no hay orden ni desorden, hay pura y simplemente cuerpos que, en razón de su volumen, densidad y propiedades respectivas, se mueven en condiciones siempre iguales y que nos ha sido dable observar.

De modo que no hay más orden en el Gran Todo que el que nuestro entendimiento introdujo. El factor del

orden, de la armonía, no es, por consiguiente, Dios, es el hombre.

## La hipótesis «Dios» es absurda

Fuertes de lo que la ciencia no ha explicado aún e imaginándose que fuera de la conjetura de una creación, los orígenes del mundo continúan obstinadamente impenetrables, los creyentes han recurrido para explicarlos a la hipótesis de un Ser eterno cuyo Poder lo habría creado todo.

Es necesario, ante todo, entenderse respecto del valor de esta expresión religiosa: crear.

Crear no es tomar uno o varios elementos ya existentes y coordenarlos no es reunir materiales y disponerlos de cierto modo. El relojero, por ejemplo, no crea un reloj; el arquitecto no crea un edificio. Crear, es dar la existencia a lo que no existe, es sacar de la nada, es hacer algo con nada.

Ahora bien; la hipótesis de una creación cualquiera es un puro absurdo, puesto que es inadmisible que de nada se pueda sacar algo, y el célebre aforismo formulado por Lucrecio, *ex nihilo nihil*, es y queda la expresión de una exactitud incontrovertible.

Por consiguiente, si la materia no ha podido salir de la nada, significa que ha existido siempre y, en este caso, es necesario preguntarse, en la hipótesis de un Ser creador, dónde se encontraba la materia.

*Esta no podía estar sino en él o fuera de él.*

En el primer caso, Dios cesa de ser un Espíritu puro: la materia estaba en él; residió en su Ser; formaba parte integrante de su personalidad; como él es eterna, infinita, todopoderosa, puesto que lo absoluto no admite, no puede admitir contingencia alguna, ninguna relatividad. Consiguientemente, la materia en su *auto-creatriz* y la hipótesis de una inmaterialidad que extrae de ella misma elementos materiales resulta estúpida.

En el segundo caso, es decir, si la materia no estaba en Dios, sino fuera de él, érale coexistente; no tiene otro

origen diferente; es, como él, eterna de toda eternidad; no ha sido, pues, creada y la conjetura de una creación resulta absurda.

En los dos casos es la incoherencia, lo irracional.

Pero donde el absurdo de la creación cristiana se deja ver de modo más tangible, porque se nos presenta de un modo menos abstracto, es en la Revelación.

### LA REVELACIÓN

La idea de una creación sugiere fatalmente la de una Legislación suprema, y la idea de una Legislación suprema implica necesariamente la de una inevitable sanción.

Esto es tan exacto, que no hay una sola religión que no comporte a la vez prescripciones y prohibiciones constituyendo la Ley de Dios, y un sistema de recompensas y castigos destinados a sancionar esta Ley.

Es necesario añadir que, para eregirse en Juez supremo, es también necesario que el Maestro nos haga conocer su Ley, a fin de que sepamos lo que tenemos que hacer para merecer la recompensa y evitar el castigo.

La Revelación es el acto por el cual el Creador, principio de toda justicia y de toda verdad, nos habría hecho conocer su Ley, sirviéndose, a título de intermediarios, de seres de su predilección: profetas y apóstoles que la religión cristiana nos presenta como inspirados por Dios.

Es por boca de estos personajes inspirados que el *Verbo Divino* se habría dado a conocer y consignado en Revelación en las llamadas *Escrituras* «santas».

Ahora bien. ¿Qué es lo que nos enseñan las Escrituras respecto los orígenes del mundo en general y del hombre en particular? Nos enseñan cosas que la ignorancia de nuestros padres ha podido tomar por verdades, pero que ya no nos está permitido creer en ellos en nuestros días por el gran desacuerdo que están con las afirmaciones de la ciencia contemporánea.

Nos enseñan que, saliendo bruscamente de su regular inacción, el llamado Dios tuvo el capricho de dar nacimiento a lo que existe y creó el todo en seis días.

¿En qué momento el Eterno hizo esta obra? Cuando se dignó rebajarse, como dijo Malebranche, hasta dignarse a hacerse creador? A un dado momento de tiempo. He aquí lo que afirman todos los *Génesis*, lo que implica, por otra parte, la palabra y la idea de creación. Entonces, ¿Dios estuvo con los brazos cruzados durante toda la anterior eternidad?

Pero, ¿una eternidad en dos trozos, qué es? ¿Cómo se puede admitir el gran geómetra durmiendo toda una primera eternidad, despertando luego de pronto para evocar de la nada este universo ausente hasta entonces, para llenar y poblar la vida insondable, para dar a esta muerte universal la vida universal?

La contradicción es fragante. El Ser necesario no puede haber permanecido un solo momento inútil. El Ser activo y eterno no puede haber dejado de obrar eternamente. Es necesario admitir un mundo eterno como el creador. Pero, admitiendo esta coexistencia, se confiesa que el Universo no ha sido creado, que la creación es un contrasentido, una imposibilidad.

Las *Escrituras* colocan el diluvio 700 años después de la creación y 3,700 antes del nacimiento de Jesucristo, del cual nos separan 1,900 años. Adicionando estas tres cifras resulta que la creación se remontaría a 6300 años. He aquí el nacimiento a que se libró el Todopoderoso y que se dignó comunicarnos por medio de la revelación.

Cálculos rigurosamente exactos establecen que los trastornos geológicos que han revolucionado nuestro planeta se remontan a millones y a centenares de millones de siglos. Por ejemplo, uno de los más grandes arbolados actuales, reducido a hulla, produce solamente una débil capa de 15 milímetros, y se ha calculado que para formar los extractos profundos de una cuenca hullera, como la de Northumberland, se han necesitado nueve millones de años. Y, sin embargo, la *formación hullera* es sólo uno de los cinco o seis grandes periodos que ha precedido a la época histórica, a la aparición del hombre sobre la tierra.

Referente a esta última época abundan las pruebas

demostrativas de que se remonta a varios millares de siglos. En ciertos lugares se han recogido osamentas humanas hundidas en profundidades considerables al lado de silex, de vasijas y otros objetos mezclados con restos de grandes paquidermos. Por el cálculo de proporción resulta evidente que el hombre contemporáneo de los elefantes y rinocerontes existía ya hace más de trescientos mil años.

¿He de hablar de esta ridícula leyenda de Adán y Eva en el paraíso terrenal, en estado de perfecta felicidad, heridos súbitamente por la desgracia de haber infringido la prohibición de comer el fruto prohibido? ¿Mentaremos a Josué, deteniendo el sol en su curso? Y de Jonás, sepultado durante tres días en el vientre de una ballena — cuando está demostrado que el exófago de este animal no permite el paso de un hombre —, ¿qué diremos? ¿Nos detendremos a hablar del paso en seco del Mar Rojo? ¿Y de...?

¡No! Es demasiado ridículo todo esto; el absurdo es demasiado evidente. ¡Qué figura más ridícula hace un Dios, principio y origen de toda verdad y sabiduría, en este cúmulo de estupideces y amontonamiento de mentiras o de errores! No insistamos.

## La hipótesis «Dios» es criminal

Las consideraciones que me falta desarrollar se refieren al *Dios-Providencia.*

Se da el nombre de Providencia al gobierno del mundo por el Dios que lo ha creado.

Salta a la vista que un gobierno semejante, ejercido por un Ser que lo prevé todo, que todo lo sabe, que lo puede todo, no puede admitir desorden alguno, insubordinación ninguna.

Y, sin embargo, el mal existe: mal físico y mal moral, y la existencia del mal es radicalmente irreconciliable con la de una Providencia.

LA PROVIDENCIA Y EL MAL

Sufrimos por la intemperie de las estaciones, la erupción de los volcanes, los terremotos, tempestades, ciclones, incendios, inundaciones, sequías, hambre, enfermedades, pestes, heridas, dolores, muerte, etc., etc. Es el mal físico.

Somos testimonios y víctimas de innumerables injusticias, violencias, tiranías, espoliaciones, asesinatos, guerras... En todas partes se observa cómo la astucia triunfa de la sinceridad, el error de la verdad, la avaricia del desinterés. Las ciencias, las artes, ¿qué uso hace de ellas el gobierno, especie de providencia terrestre? ¿Acaso las utiliza para la paz, para el bienestar, para la felicidad general? La historia, llena de crímenes atroces y espantosas calamidades, es el relato de las malandanzas de la humanidad. Es el mal moral.

El mal ¿de dónde sale, de dónde procede?

Si se admite la existencia de Dios, se admite al propio tiempo que todo lo que existe procede de él. Por consiguiente, es Dios, este Ser de verdad, quien engendró el error; Dios, principio de justicia, es quien ha dado nacimiento a la iniquidad; Dios, fuente de toda bondad, ha infantado el crimen.

¿Y este Dios, centro y foco del dolor y de la perversidad, es lo que debo respetar, servir y adorar?...

El mal existe. Nadie puede negarlo.

Pues bien; de dos cosas una: o Dios puede suprimir el mal y no lo quiere, y en este caso su poder permanece entero, pero es al propio tiempo malo, feroz y criminal, o Dios quiere suprimir el mal y no puede conseguirlo, y entonces cesa de ser feroz, criminal, pero es al propio tiempo impotente.

Este razonamiento ha sido, es y permanecerá siempre sin réplica.

El concepto y el sentimiento que poseemos de la Equidad, ¿acaso no nos dicen que todo aquel que vea cometer una injusticia y pudiendo evitarla la deja perpetrar, se hace cómplice de dicha acción y se convierte por

dicho motivo en un criminal con el mismo título del que la comete?

Este Dios que, dada su omnipotencia, podría impedir sin esfuerzo el mal y sus horrores y que no interviene nunca, este Dios es criminal, de una ferocidad sin límites. ¿Qué digo? Unicamente él es el feroz; sólo él es criminal, porque sólo él es capaz de querer y poder; sólo él es culpable y debe asumir todas las responsabilidades.

### DIOS Y LA LIBERTAD HUMANA

Verdad es que con esta plasticidad que caracteriza el espíritu religioso y con la ayuda de estos sofismas capciosos que han hecho de la raza de los curas los casuístas más peligrosos, los Deístas nos salen al paso diciendo que el mal no es la obra de su Dios, sino del hombre, al cual, en su soberana bondad, Dios habría concedido este atributo: la libertad, a fin de que, capaz de discernir el bien del mal y de inclinarse con preferencia al primero mejor que al segundo, el hombre fué el juez de sus actos y pudo conocer la recompensa o el castigo que va involucrado a la práctica del bien o del mal.

Esta objeción no tiene valor ninguno.

Por de pronto, si por un instante suponemos que Dios existe y que se ha dignado concedernos la libertad, no podremos dejar de reconocer que viniendo esta libertad de él ella es quien, por la acción, se afirma en el mal como en el bien. ¿Puede explicársenos cómo de esta parcela de libertad arrancada al Ser soberanamente libre, puede hacerse un uso tan malo, sin que la libertad divina haya contenido, al estado potencial —del mismo modo que la semilla contiene el fruto—, esta abudante cosecha de ignominias, de bajezas, de sufrimientos?

Si la mentira, la ignorancia, la maldad, el crimen, proceden de esta libertad con que Dios nos ha gratificado, entonces Dios mismo es mentiroso, ignorante, malo y criminal.

Pero conciliar estas dos cosas: la existencia de Dios y la libertad humana, es imposible. Si Dios existe sólo él es libre.

El ser que depende parcialmente de otro ser no es libre sino parcialmente; el que está bajo la completa sujeción de otro no goza de libertad alguna. Es el mueble, la cosa, el esclavo de este último.

Y desde luego, si Dios existe, el hombre no puede ser otra cosa que el juguete de su capricho, de su fantasía. Al que nada le escapa de nuestras intenciones y de nuestros actos; El que tiene en reserva torturas sin fin, prontas a castigar al temerario que ose violar sus prescripciones o sus prohibiciones; El que, más rápido que el rayo, puede castigarnos con la muerte a cada minuto, a cada segundo de nuestra vida, únicamente éste es libre, puesto que sólo Él propone y dispone. Él es el dueño; el hombre es su esclavo.

En todo caso, ¿qué diremos del salvajismo de este Juez que, previendo todos nuestros actos y realizándose fatalmente estos conforme a la voluntad divina, hace llover sobre nosotros torrentes de fuego y nos precipita en una eternidad de tormentos indescriptibles para castigar una hora de ofuscación, un minuto de olvido?

De todos los torturadores este Juez es el más implacable, el más inicuo, el más torturador.

## LOS CRÍMENES DE LAS RELIGIONES

Y después de todo lo expuesto, ¡extrañáos del mal que las religiones han hecho a la humanidad, de los suplicios con que han llenado la tierra!

Criminal desde el punto de vista metafísico, la idea de Dios lo es más aún, si es posible serlo más, desde el punto de vista histórico.

Puesto que Dios es la religión.

Y la religión es *el pensamiento encadenado*. El creyente tiene ojos y no debe ver; orejas y no debe oir; manos y no debe tocar; cerebro y no debe razonar. Son cosas a las cuales no debe recurrir nunca. En todos los asuntos tiene el deber de interrogar la revelación, inclinarse ante los textos, conformar su pensamiento a las enseñanzas de la ortodoxia. La evidencia es una blasfe-

ma cuando es adversaria de la fe. La ficción y la mentira las proclama verdad y realidad cuando sirven los intereses de su Dios.

No intentéis hacerle tocar con el dedo la inepcia de sus supersticiones. Os replicará cerrándoos la boca, si tiene la fuerza para ello; injuriándoos cobardemente, por detrás, si se ve impotente.

La religión toma la inteligencia del niño cuando despierta y la amolda a procedimientos irracionales, la aclimata a métodos erróneos y la deja desarmada ante la razón, sublevada contra la inexactitud. El atentado que el Dogma trata de perpetrar en el niño de hoy, lo ha perpetrado durante siglos contra la humanidad-niño. Aprovechándose, abusando de la credulidad, de la ignorancia, del espíritu tímido de nuestros padres, las religiones, todas las religiones, han oscurecido el pensamiento, encadenado el cerebro de las generaciones desaparecidas.

La religión es *el retraso del progreso.*

Para el que bestializa la estúpida espera de una eternidad de goces y sufrimientos nada significa la vida.

Veinte, cincuenta, cien años no son nada comparados con los siglos sin fin de la eternidad. El individuo curvado bajo el yugo de las religiones, ¿qué importancia puede dar a este corto tránsito, a este viaje de un instante? No debe concederle importancia alguna.

A sus ojos la vida es sólo el prefacio de la eternidad que espera; la tierra es el vestíbulo que a ella le conduce.

Así, pues, ¿por qué luchar, investigar, comprender, saber? ¿Para qué ocuparse en mejorar las condiciones de tan corto viaje? ¿Para qué ingeniarse en airear dicho vestíbulo, esclarecerlo, cuando en él sólo debemos vivir un minuto?

Sólo una cosa le importa: buscar la salud de su alma, someterse a Dios.

Y como el progreso no se ha obtenido sino a fuerza de testarudez, éste sólo lo obtiene quien experimenta la necesidad de realizarlo. Y como vivir bien, satisfacer sus apetitos, disminuir sus penas, acrecentar su bienestar,

son cosas de poco precio según la apreciación del hombre de fe, poco puede importarle el progreso.

Que las religiones tengan por consecuencia el encadenamiento del pensamiento y retardo del progreso, son verdades que la historia evidencia. Los hechos confirman, abrumadores por su número, los resultados de este raciocinio.

¿Se pueden concebir crímenes más abominables y horrendos...?

Y las guerras sangrientas que en nombre de los diversos cultos han hecho destrozar centenares y millares de generaciones, millones y centenares de millones de combatientes... ¿quién puede enumerar los conflictos que han originado las religiones?

¿Quién formulará el total de los asesinatos, de las muertes, de las hecatombes, de los fusilamientos, de los crímenes con que el sectarismo religioso y el misticismo intolerante han ensangrentado la tierra sobre la cual se arrastra la humanidad, aplastada por el tirano sanguinario que las castas socerdotales nos han hecho adorar?

¿Qué artista podrá jamás reproducir, con la suficiente riqueza de colorido y exactitud de detalles necesarios, las trágicas peripecias de este drama cuyo espanto aterrorizó durante seis siglos las civilizaciones bastante desheredadas para gemir bajo la dominación de la Iglesia católica, drama que la historia ha anatematizado con el nombre de «Inquisición»?

La religión es el odio sembrado entre los humanos; es el servilismo cobarde y resignado de los millones de sometidos; es la arrogante ferocidad de los papas, de los pontífices, de los reyes.

Es el triunfo de la moral compresiva que conduce a la mutilación del ser: moral de maceración de la carne y del espíritu, moral de mortifícción, de abnegación, de sacrificios; moral que obliga al individuo a reprimir sus más generosas aspiraciones, sus instintivos impulsos, sus pasiones, ahogar todos sus deseos; moral que puebla el espíritu de prejuicios ineptos y llena la conciencia de remordimientos y temores; moral que engendra la resig-

nación, rompe los resortes potentes de la energía, agarrota el esfuerzo libertador de la rebeldía y perpetúa el despotismo de los amos, la explotación de los ricos y la pesada carga de los curas.

La ignorancia en el cerebro, el rencor en el corazón, la cobardía en la voluntad; he aquí los crímenes que yo imputo a la idea de Dios y a su fatal corolario: la religión.

Todos estos crímenes de que acuso públicamente, en el campo abierto de la discusión, a los impostores que hablan y obran en nombre de un Dios que no existe; he aquí lo que yo llamo «Los Crímenes de Dios», porque es en su nombre que han sido cometidos y se cometen aún, porque son asimismo engendrados por la idea de Dios.

# Conclusión

El momento es decisivo.

Bajo la benevolencia del Ministerio que sufrimos, el despertar clerical se acentúa. Los batallones negros se agitan. La Iglesia intenta un nuevo esfuerzo supremo: va a librar otra batalla con todos sus batallones y recursos desplegados. A este ejército de fanáticos, opongamos otro ejército compacto y enérgico.

No se trata del porvenir de un partido; es el porvenir de la humanidad lo que se ventila.

En este terreno, la inteligenciación puede, debe hacerse entre todos los seres de progreso, todos los pensadores, todos los caracteres viriles.

Cada uno puede conservar su libertad de acción y, sin abdicar ninguna de sus preferencias ni de sus convicciones personales, marchar al combate contra el Dogma, contra el Misterio, contra el Absurdo, contra la Religión.

Hace demasiado tiempo que la humanidad se inspira en un Dios sin filosofía. Ya es tiempo que pida su camino a una filosofía sin Dios.

¡Cerremos las filas, compañeros! Luchemos, batallemos, emplèemos todas nuestras fuerzas. En nuestro camino hallaremos las emboscadas, los ataques de sorpresa o previstos de los sectarios. Pero la grandeza y la justicia de la Idea que defendemos sostendrá nuestras energías y nos asegurará la victoria.

FIN

# Biblioteca de TIERRA Y LIBERTAD

| | Ptas |
|---|---|
| ¿Por qué somos anarquistas?, por S. F. Merlino . . | 0'15 |
| La Ley y la Autoridad, por P. Kropotkine . . . . | 0'15 |
| El Feminismo, por Costa Iscar . . . . . | 0'10 |
| Entre Campesinos, por E Malatesta . . . . . | 0'15 |
| Primero de Mayo, boceto dramático en un acto, con prólogo e himno coral. . . . . | 0'10 |
| Por la Enseñanza, conferencia por H. Noja Ruiz . . | 0'10 |
| El Trabajo Nocturno, por J. Hucha . . . . . | 0'10 |
| La Peste Religiosa, por J. Most . . . . . | 0'10 |
| Arlequín el Salvaje, comedia en tres actos . . . . | 0'20 |
| En Tiempo de Elecciones, por E. Malatesta . . . | 0'10 |
| La Anarquía ante los tribunales, por P. Gori . . . | 0'10 |
| Contestación a una creyente, por S. Faure . . . . | 0'15 |
| Nuestro Programa, por E. Malatesta . . . . . | 0'10 |
| Doce pruebas de la inexistencia de Dios, por S. Faure . | 0'15 |
| Por la Anarquía, por Ricardo Mella . . . . . | 0'10 |
| ¿Dónde está Dios?, por M. Rey . . . . . | 0'10 |
| El Cancionero Libertario . . . . . | 0'10 |
| Orientaciones, por J. Prat . . . . . | 0'20 |
| La Guerra, por Un Sans-Patrie . . . . . | 0'10 |
| A los Jóvenes, por P. Kropotkine . . . . . | 0'15 |
| El Crimen de Chicago—11 noviembre 1887 . . . . | 0'15 |
| LaEpidemia, comedia en un acto, por Mirbeau. . . | 0'10 |
| El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu . . . . . | 0'15 |
| República y Anarquía, por el D. N. Converti . . . | 0'10 |
| Táctica Socialista, por R. Mella . . . . . | 0'15 |
| El Arte y la Rebeldía, por F. Pelloutier . . . . . | 0'10 |
| De la Patria, por A. Hamón . . . . . | 0'15 |
| La Anarquía, por Eliseo Reclus. . . . . | 0'15 |
| La Anarquía y la Iglesia, por ídem . . . . . | 0'10 |
| Las bases morales y sociológicas de la Anarquía, por Pedro Gori . . . . . | 0'15 |
| Influencias burguesas sobre el anarquismo, por Luis Fabbri. . . . . | 0'30 |
| Necesidad de la asociación, por J. Prat . . . . . | 0'10 |
| El ocaso del derecho penal, por Luis Molinari . . . | 0'30 |
| La Mujer: Mujer pública-Mujer privada . . . . . | 0'10 |
| Los crímenes de Dios, por S. Faure . . . . . | 0'15 |

Los trabajos realizados, a pesar de las contrariedades sufridas, dan idea de lo que puede hacer esta Biblioteca, contando con la benevolencia del pueblo anarquista emancipador.